

Milla Bordera, Pedro José. Las contradicciones de un mundo globalizado: grandes políticas agrícolas y derecho a la soberanía alimentaria. *GeoGraphos*. [En línea]. Alicante: Grupo Interdisciplinario de Estudios Críticos y de América Latina (GIECRYAL) de la Universidad de Alicante, 30 de marzo de 2014, vol. 5, n° 66, p. 266-282 [ISSN: 2173-1276]. [DOI: 10.14198/GEOGRA2014.5.66].



<<http://web.ua.es/revista-geographos-giecryal>>

Vol. 5. N° 66

Año 2014

LAS CONTRADICCIONES DE UN MUNDO GLOBALIZADO: GRANDES POLÍTICAS AGRÍCOLAS Y DERECHO A LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Pedro José Milla Bordera
Licenciatura en Geografía. Universidad de Alicante (España)
Correo electrónico: pjmb1@alu.ua.es

Recibido: 12 de junio de 2013. Devuelto para revisión: 5 de agosto de 2013.
Aceptado: 30 de marzo de 2014

RESUMEN

En un mundo que presume de ser globalizado, el impulso de determinadas políticas agroalimentarias puede generar graves impactos económicos, sociales y ambientales tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados. Estrategias como la liberalización del comercio de productos agrícolas o el productivismo son impulsadas desde los países ricos con el objetivo de hacer pagar a los pequeños la sobreproducción de los grandes. En este sentido, no son pocas las voces que reclaman una globalización de la democracia para contrarrestar el poder cada vez mayor de un capitalismo financiero puro y duro. En efecto, el mantenimiento del modelo de consumo occidental supondrá un renovado ciclo de explotación de los recursos naturales de los países más débiles, que acabará, entre otras consecuencias, con la pérdida de la soberanía alimentaria de los pueblos.

Palabras clave: Globalización, liberalización comercial, capitalismo financiero, soberanía alimentaria, políticas agrícolas.

THE CONTRADICTIONS OF A GLOBALIZED WORLD: BIG AGRICULTURAL POLICIES AND RIGHT TO THE FOOD SOVEREIGNTY

ABSTRACT

In a world that presumes to be globalized, the impulse of certain food-processing policies can generate serious economic, social and environmental impacts so much in the countries developed like in the underdeveloped ones. Strategies like the liberalization of the trade of agricultural products or the productivism they are stimulated from the rich countries by the aim to make pay the overproduction of the big ones to the small ones. In this respect, there are not small the voices that claim a globalization of the democracy to offset the power every time major of a financial pure and hard capitalism. In effect, the maintenance of the model of western consumption will suppose a renewed cycle of exploitation of the natural resources of the weakest countries, which will finish, between other consequences, with the loss of the food sovereignty of the peoples.

Key words: Globalization, Commercial Liberalization, Financial Capitalism, Food Sovereignty, Agricultural Policies.

AS CONTRADIÇÕES DE UM MUNDO GLOBALIZADO: PRINCIPAIS POLÍTICAS AGRÍCOLAS E DIREITO À SOBERANIA ALIMENTAREM

RESUMO

Em um mundo que se gaba de ser globalizada, a dinâmica de certas políticas agro-alimentares pode gerar impactos econômicos, sociais e ambientais graves tanto em desenvolvidos e países subdesenvolvidos. Estratégias como a liberalização do comércio de produtos agrícolas ou produtivismo são conduzidas dos países ricos, com o objectivo de fazer pagar superprodução de grande a pequeno. Neste sentido, não poucas vozes chamando para uma globalização da democracia contra o capitalismo financeiro crescente poder puro e simples. Na verdade, a manutenção do modelo de consumo ocidental significará um ciclo renovado de exploração dos recursos naturais dos países mais fracos, que, entre outras conseqüências, com a perda de soberania alimentar dos povos.

Palavras-Chave: Globalização, liberalização do comércio, capitalismo financeiro, soberania alimentar, políticas agrícolas.

INTRODUCCIÓN

La Real Academia de la Lengua Española (RAE) define la tierra, entre otras acepciones, como el “terreno dedicado a cultivo o propio para ello” y también como “medio de producción utilizado y organizado para un aprovechamiento económico”. Incluso los aborígenes andinos se refieren a la *Pachamama* como la Madre Tierra, que es capaz de engendrar, nutrir y proteger la vida. En definitiva, un lugar donde se llevan a cabo las principales acciones y fenómenos sociales, principalmente aquellos relacionados con la agricultura.

Sin embargo, la cuestión sería: ¿por qué en la actualidad gran parte de las formas de vida tradicionales que se dan en la tierra están en crisis? El éxodo rural y el proceso de urbanización, la terciarización de la economía, las enfermedades, el cambio climático, el deterioro de espacios naturales, el empobrecimiento, el hambre o el proceso de concentración y apropiación de tierras son fenómenos que no hacen sino acentuar la crisis de estos espacios rurales.

Como objetivo nuclear de esta reflexión se pretende colocar al campesinado en el centro de las políticas agrarias con el fin de defender una agricultura con campesinos y campesinas, frente al avance casi imparable de la gran industria y el agronegocio. Un objetivo que llevan persiguiendo durante años organizaciones como Vía Campesina, que integra campesinos y campesinas, trabajadores rurales, pequeños y medianos productores, comunidades indígenas y numerosos colectivos dedicados a la agricultura. En total, integra 148 organizaciones distintas de 69 países.

El artículo se estructura en cinco apartados. En el primero se subraya la importancia del contexto socioeconómico, que va a permitir entender el verdadero objetivo de las políticas llevadas a cabo por los gobiernos, consensuadas con las grandes firmas agroquímicas, y que se van a centrar en la liberalización comercial y un aumento de las exportaciones.

En el segundo epígrafe se intenta plasmar la interrelación dialéctica existente entre la gran distribución agroalimentaria y la pobreza campesina, que sin duda irá en aumento si continúan llevándose a cabo estas políticas de corte neoliberal.

En el tercer apartado se debate entre si la alimentación constituye un negocio o un derecho, subrayándose especialmente la importancia que tiene la soberanía alimentaria como derecho fundamental de los pueblos.

En el cuarto epígrafe se propone la agricultura sostenible (o “agroecología”) como método de alimentación presente y futura para la población. Además, se enfatizará sobre la inoperancia del sistema agroindustrial para alimentar al mundo, la importancia de cuidar la tierra o quiénes son verdaderamente los agentes que alimentan a la población, es decir, el campesinado y la agricultura familiar.

A modo de conclusión, se recogen las opiniones de distintos especialistas y miembros de La Vía Campesina, como J. P. Stédile, B. Mançano o J. Bové, los cuales proponen distintas acciones reivindicativas para acabar con el sistema imperante.

El enfoque geográfico utilizado es el crítico o radical, el cual nos va a permitir hablar sobre cuáles son las verdaderas relaciones de poder que se establecen en el territorio entre opresores y oprimidos, las consecuencias de grandes políticas que defienden la liberalización comercial o cuál es el papel que juegan los intermediarios en este complejo agroindustrial. Sin este enfoque social y comprometido no se podrían entender muchos de los puntos de vista que se exponen en este artículo.

UNA DICTADURA PLANETARIA: APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE GLOBALIZACIÓN

La aceleración de los intercambios comerciales desde la caída del muro de Berlín provocó una concentración planetaria de las grandes empresas. La agricultura no se escapó a esta auténtica competición de pesos pesados. En efecto, un puñado de firmas agroquímicas transnacionales retienen en sus manos el grueso del mercado alimentario mundial. Estas empresas agroquímicas, al pensar sólo en su propio beneficio, como sistemas de producción capitalista que son, se habían olvidado por completo de qué es la agricultura. Ni los agricultores ni los consumidores, extremos de la cadena agroalimentaria, eran importantes.

Este modelo neoliberal que triunfa a escala planetaria tiene uno de sus fundamentos en el convencimiento de que el mejor estímulo para el desarrollo de los países reside en la apertura económica y la liberalización comercial.

Por consiguiente, apoyándose en el libre comercio y en la progresiva mundialización o internacionalización de la economía, las grandes firmas agroquímicas pueden disponer del planeta como de un vasto dominio comercial sin reglas ningunas, sin marco, donde se permita intercambiar mercancías sin trabas y sin referencias a la dimensión social, territorial o ética. Es una voluntad hegemónica del comercio que consiste en querer devorarlo todo.

Las relaciones internacionales están en función de las técnicas del momento y del lugar en el cual se inscriben. Bajo el Imperio Romano el mundo se reducía a la cuenca del Mediterráneo. Después el mundo se ensanchó al hilo de los descubrimientos de los otros continentes, hasta abarcar el planeta entero, creándose otra visión del mundo, con los intercambios y las apropiaciones de los diferentes espacios en beneficio del «centro» colonial, centro autoproclamado como tal. Ésta es la relación que mantendrá durante mucho tiempo la vieja Europa, tierra de descubridores, con América, el Caribe, África, Oceanía y, en parte, Asia. Hoy, los medios de transporte y de comunicación hacen que el espacio del mercado sea verdaderamente planetario y, para los *global leaders*, todo este espacio debería someterse a la ley del mercado. La gran transformación a la que asistimos ahora se dirige a transformar todas las actividades que tienen lugar en la superficie terrestre en mercados y mercancías, incluida, por supuesto, la agricultura.

Si toda la actividad humana se convierte en objeto mercantil, el enfrentamiento se produce entre dos concepciones de la sociedad. Una que deja al mercado, de acuerdo con las reglas de éste, organizar la sociedad, integrar todas las actividades humanas en la ley del dinero. La otra, donde se sitúan los ciudadanos, las instituciones políticas, el

espacio vital y otros objetos de disputa, como el medio ambiente y la cultura, que tienen el poder de organizar la sociedad.

La mundialización es también la uniformización por lo bajo, la desregulación por la degradación progresiva de todos los derechos fundamentales. En pocas palabras, es el comercio llevado al extremo, olvidándose por completo de las necesidades vitales de los hombres.

En pocas palabras, se trata de una dictadura planetaria, una dictadura de los intercambios comerciales: si no estás dentro del mercado no existes. No se trata de una gestión clásica de los territorios o de los conflictos interestatales, sino de una situación de guerras entre potencias privadas, con un campo de batalla que se llama mercado. Para calibrar los efectos, basta observar que la circulación de dinero es más rentable que las actividades de producción y de comercio tradicionales. Es el dinero, el poder de los accionistas, de los fondos de pensiones, de los especuladores y depredadores de diversa ralea quienes imponen su tasa de beneficio a las empresas y éstas, a su vez, quienes imponen sus reglas al pequeño productor, tanto familiar como campesino, y los suman en la pobreza, quedando progresivamente atrapado en una tenaza de precios difícil de superar: los que debe pagar a las industrias agrarias para adquirir los insumos que necesita (maquinaria, combustible, piensos compuestos, fertilizantes, pesticidas, semillas) y los que se ve forzada a aceptar por la venta de sus productos a las firmas agroalimentarias.

GRAN DISTRIBUCIÓN AGROALIMENTARIA Y POBREZA CAMPESINA: UNA INTERRELACIÓN DIALÉCTICA

El creciente poder de la gran distribución agroalimentaria se relaciona de forma dialéctica con la acentuación reciente de la crisis tradicional de la agricultura campesina, tanto en el mundo subdesarrollado como en el desarrollado. Su progresivo auge y expansión territorial y económica en el mundo le permiten controlar la totalidad de la cadena alimentaria. Esto significa que sólo elige a los productores capaces de cumplir con sus estrictas normas en cuanto a la calidad, cantidad y aspecto de los productos, lo que la vincula estrechamente con la agroindustria y con los modelos agroexportadores. Para aumentar su control y seguir consiguiendo abundantes beneficios, las empresas transnacionales de la distribución agroalimentaria necesitan que la liberalización comercial en materia agrícola progrese en todo el mundo, como ya hemos señalado. Una situación esta que tiene enormes costes ecológicos y de exclusión social entre los agricultores más pobres.

La industria alimentaria ha pasado rápidamente a considerar al productor agrícola como un mero proveedor de materias primas cuyas características deben responder a las exigencias de fabricación; no a las del consumidor. Como afirma François Dufour, portavoz de la *Confédération Paysanne*, organización francesa que integra a La Vía Campesina, el agricultor ya “no piensa en función de las necesidades del suelo y de los animales, vive en la obsesión del error técnico que te puede arruinar. Sin la producción no interesas a nadie, ni instituciones de desarrollo, ni organismos oficiales. Te dejas arrastrar por la espiral de la rentabilidad. Se ara, siembra, abona y fumiga de la mañana

a la noche. No importa el producir no importa qué, mientras la maquinaria siga produciendo; que el monstruo sacie su sed”.

La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO, por sus siglas en inglés) estimó en 2005 que en los próximos diez años entre el 40 y el 60% de los productos agroalimentarios de los “países emergentes” se venderán en las grandes superficies comerciales controladas por las cadenas transnacionales de la distribución, lo que sin duda afectará a los mercados de productos locales y castigará a los campesinos autóctonos y a las comunidades rurales. Buena prueba de ello es que las grandes superficies comerciales no sólo se disputan al consumidor urbano de mayor poder adquisitivo, sino que en muchos lugares de Asia y Latinoamérica se instalan en los distritos humildes, los pequeños núcleos urbanos y las zonas rurales para captar a los consumidores de las clases más desfavorecidas. Por estos motivos, y con cierta dosis de cinismo, la FAO anima a los productores locales para que asuman la nueva situación y aprendan a satisfacer las necesidades y exigencias de los grandes grupos de la distribución agroalimentaria, tanto en cantidad como en calidad y características de los productos.

Estos organismos internacionales, pese a sus declaraciones oficiales, son plenamente conscientes de las enormes dificultades que para las explotaciones familiares de la mayor parte del mundo entraña la hipotética adaptación a las exigencias de la gran distribución agroalimentaria. Esta adaptación requeriría una disponibilidad de capital (o de un acceso al crédito) y unas condiciones técnico-económicas de tal calibre que resultan inalcanzables para la mayoría de los pequeños y medianos campesinos. Por eso, la gran distribución no sólo es exigente en cuanto a las condiciones sanitarias, características, disponibilidad y suministro de los productos, sino que además excluye a los productores que no son capaces de cumplir con estos requisitos, ya que están en disposición de controlar la totalidad de la cadena agroalimentaria, sobre todo corriente arriba, hasta llegar a los agricultores y ganaderos, toda vez que el sector de la distribución constituye el eslabón final de la misma.

En este sentido, el actual sistema agroalimentario consiste en definitiva en un acuerdo entre las empresas de distribución, la industria que transforma los alimentos y los productores para que el consumidor disponga de productos alimenticios con una tipología determinada, es decir, de productos estandarizados. Desde el momento en que el poder de decisión, y por lo tanto de compra, lo atesora la gran distribución, ésta se encarga de elegir y seleccionar a sus proveedores, que suelen ser escasos y con una capacidad económica y técnica que les permite suministrar los productos demandados y soportar las duras condiciones impuestas.

Aparte de que los pequeños y medianos agricultores no pueden suministrar los productos requeridos ni soportar los pagos aplazados, a la gran distribución no le interesa trabajar con las explotaciones campesinas porque lo que le conviene es tener relaciones con las potentes, intensivas y capitalizadas empresas de corte agroindustrial, capaces de suministrar grandes cantidades de productos estandarizados en el menor tiempo posible y a un precio mínimo.

De ahí que se pueda afirmar que la modernización de la agricultura supuso copiar el mismo modelo técnico que la industria: intensificación, especialización, segmentación

del trabajo y estandarización. Ello va a provocar que la agricultura, por sí sola, no pueda satisfacer estas nuevas necesidades, ya que, aunque continúan siendo el principal centro productor, no tiene las mismas posibilidades que antaño en el contexto socio-económico actual ante el cambio de cultura alimentaria por parte de los consumidores, mientras que las industrias agroalimentarias se encuentran mucho más cerca del consumidor de hoy, ya que éste vive en ciudades y por lo tanto depende de una transformación y de una distribución de los alimentos. Es en este contexto en el que aparece la agroindustria.

LA ALIMENTACIÓN: ¿NEGOCIO O DERECHO? CLAVES PARA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Una de las más graves paradojas de la globalización es que la desnutrición se acumula principalmente en los campos que alimentan al mundo. La pobreza rural alcanza el 75% de la pobreza mundial. El 25% restante se reúne en las barracas, favelas y *shanty towns* de grandes conurbaciones, hijas del éxodo campo-ciudad. Un ejemplo significativo es el de Argentina, donde mueren diariamente ocho niños por desnutrición, al mismo tiempo que el país es uno de los principales exportadores de alimentos. En todo el mundo el éxodo campo-ciudad ha hecho aumentar en 61 millones los habitantes de zonas urbanas sin ningún acceso al agua potable. El 50% de la humanidad ya vive en medios urbanos en la actualidad y se prevé que en 2050 será el 75%. En definitiva, el campo se vacía.

La alimentación: ¿negocio o derecho?

Esta situación no es natural ni fortuita. Es el resultado de haber convertido la alimentación en una mercancía más, de haberla incluido de lleno dentro del sistema capitalista. Es una cuestión de distribución, no de escasez. Un problema de acceso a los recursos, no de falta de los mismos. Hoy en día el hambre no es un fenómeno natural, sino social y político.

Desde principios de la década de los años setenta, la población mundial se ha duplicado, pero la producción mundial de alimentos se ha triplicado y el precio de los principales alimentos ha disminuido alrededor del 76%. En el mundo hay alimentos más que suficientes para todos sus habitantes. Si se distribuyeran equitativamente los alimentos para todo el mundo, bastarían para que todos sus habitantes consumieran una media de 2.760 calorías diarias.

La Cumbre Mundial de la Alimentación de 1996 aprobó la Declaración de Roma, donde la comunidad internacional se comprometió a reducir a la mitad el número de personas desnutridas antes de 2015. En 2002, la FAO convocó el encuentro “Cumbre de la Alimentación, cinco años después” para evaluar la evolución del cumplimiento de este derecho en el mundo. Los resultados fueron elocuentes: ningún progreso, retrasos históricos en los compromisos e imposibilidad de cumplir los objetivos para 2015. La cuestión del hambre radica hoy, fundamentalmente, en la falta de voluntad política para erradicarla y superar las desigualdades extremas. Pero todavía no existe ningún dispositivo vinculante que obligue a los Estados y a las empresas a respetar y a promover el derecho a la alimentación.

Mientras las Naciones Unidas realizan declaraciones periódicas para erradicar el hambre, los organismos financieros internacionales no han hecho nada más que diseñar políticas al servicio del agronegocio mundial. Las grandes multinacionales han copado gran parte del suministro de semillas, de alimentos y de tierras cultivables en todo el mundo. Pero ni han reducido el hambre, ni son más eficientes, ni más económicas.

Como manifestaba el propio Jean Ziegler¹, ex relator de la ONU para el derecho a la alimentación, “hay falta de coherencia dentro del propio sistema de Naciones Unidas en el tratamiento del tema. Mientras hay agencias que hacen una contribución positiva a la lucha contra el hambre, otras instituciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio aplican políticas que socavan el derecho a la alimentación. La imposición de políticas de ajustes estructurales en el sector agrícola en países en desarrollo está forzando a los campesinos a vivir en condiciones precarias y afecta severamente su seguridad alimentaria”.

Dejar la alimentación en manos del mercado es garantizar que los alimentos recorrerán una ruta comercial hasta donde está el dinero, no hasta donde son necesarios. Significa que Kenia seguirá produciendo verduras de alta calidad para el mercado inglés; que Argentina seguirá siendo la reserva cárnica del Norte. Los únicos beneficiarios de la agricultura de exportación son las grandes empresas intermediarias y de distribución, que compren barato exprimiendo en origen y vendiendo en destino lo más caro que pueden, desmantelando la capacidad autóctona de producción de alimentos, destruyendo los mercados locales. Son más de 40.000 multinacionales con 170.000 filiales las que hacen y deshacen a su gusto y acaparan el 30% del PIB mundial y el 40% de las exportaciones, aunque solo ocupan al 0,75% de la población activa mundial.

La alternativa de la soberanía alimentaria

La mencionada Cumbre Mundial de la Alimentación de 1996 en Roma, alertada por el aumento de la población desnutrida en el mundo, acuñó el concepto de *seguridad alimentaria* como un derecho de todos los pueblos, que los estados deberían asegurar, definiéndola como “la certeza de poder contar con la alimentación suficiente cada día”. Pero, como suele ocurrir en este tipo de declaraciones, esta es una definición vacía, que obvia el origen del problema, que es la distribución y la desigualdad, porque no estamos ante un problema de escasez, sino de acceso a los recursos. Que los grandes hipermercados estén llenos de alimentos no garantiza en ninguna parte la erradicación del hambre. Que los países ricos inunden los mercados locales con ayuda humanitaria acopiada con sus sobrantes de producción, o con productos transgénicos, tampoco garantiza para nada la capacidad de los pueblos de generar su propia alimentación.

Paralelamente a esta cumbre, La Vía Campesina, que aglutina numerosos colectivos rurales en todo el mundo, presentaba públicamente su alternativa a los problemas del hambre, la agricultura y la alimentación, la soberanía alimentaria, concepto que se acabó definiendo como *la vía para erradicar el hambre y la malnutrición y garantizar*

¹ Centro de noticias de la ONU, 11 de octubre de 2007

<<http://www.un.org/spanish/News/story.asp?NewsID=10619#.Uluq5tK-2So>>.

la seguridad alimentaria duradera y sostenible para todos los pueblos. Entendemos por soberanía alimentaria el derecho de los pueblos a definir sus propias políticas y estrategias sostenibles de producción, distribución y consumo de alimentos que garanticen el derecho a la alimentación para toda la población, con base a la pequeña y mediana producción, respetando sus propias culturas y la diversidad de las formas campesinas, pesqueras e indígenas de producción agropecuaria, de comercialización y de gestión de los espacios rurales.

Dicho concepto supuso un gran avance porque su desarrollo permitía integrar en el análisis y en la práctica técnica, económica, social y política, todos estos fenómenos que han abocado al mundo en general y al medio rural en particular a esta crisis global: la “revolución verde”, la industrialización de la producción alimentaria, la prioridad a la agricultura extensiva para la exportación, los monocultivos, las relaciones comerciales desiguales, la mercantilización del derecho a la alimentación, el poder de las multinacionales, el despilfarro energético, entre otros fenómenos.

En definitiva, la soberanía alimentaria ya no es una cuestión meramente campesina:

- Apela, en primer lugar, a los problemas medioambientales y a la gestión sostenible de todo lo relacionado con los recursos naturales sobre los que se asienta la posibilidad de alimentarnos y reproducir la vida (tierra, agua, bosques, biodiversidad).
- Incorpora la dimensión de los recursos energéticos, planteando la necesidad de superar el actual modelo agroindustrial tremendamente ineficiente en todos los procesos de producción y distribución de los alimentos. El paquete de la “revolución verde” con sus fertilizantes y pesticidas químicos, la agricultura intensiva y los viajes de los alimentos de un continente a otro para su manufactura y comercialización, nos hacen extremadamente vulnerables y dependientes del petróleo. Y la alta dependencia del consumo desmesurado de petróleo es una mala noticia en estos tiempos de creciente demanda y decreciente oferta de este combustible, cuyas reservas se acercan a su cenit.
- Tanto en el aspecto medioambiental como en el aspecto energético, el concepto de soberanía alimentaria nos conecta con otra de las grandes cuestiones que la humanidad del siglo XXI tiene pendiente y que forma parte de lo que alguien bautizó como la crisis global: el *cambio climático*. Los efectos del calentamiento global van a empeorar las condiciones para la alimentación de millones de personas, mucho más si la alimentación sigue en manos del mercado. Por otro lado, el modelo industrial de producción agrícola es uno de los grandes factores de emisión de CO₂.
- Apela a una nueva relación entre campo y ciudad, entre producción y consumo de los alimentos. Exige cambios profundos en nuestro universo cultural. La cultura moderna, constituida sobre la cultura urbana, ha venido a negar en la práctica la base sobre la que se sustenta, que no es otra que la producción agrícola y quienes la aseguran cada día. Incluso para definir a una persona con derechos y deberes utilizamos el término “ciudadano”. En todos los sistemas educativos aprendemos a medir el grado de modernidad de una sociedad por la disminución de su población campesina y la reducción de las tierras dedicadas a la agricultura. Y además creemos

que este modelo debe ser universalizado, mientras queremos que una población cada vez más creciente tenga seguridad alimentaria. La ecuación hace aguas. La soberanía alimentaria propone el rescate de la cultura campesina, entendida no como una vuelta al pasado, sino como una forma de incorporarla a un futuro más equilibrado, que reconozca y dé su auténtico valor al trabajo de quienes aseguran la alimentación del mundo conviviendo con la tierra.

- Alude también a una nueva relación entre los países ricos y los empobrecidos. Nos da a entender que la vulnerabilidad alimentaria es una cuestión que afecta a uno y al otro lado de esa línea imaginaria que separa el Norte y el Sur. No se pueden hallar soluciones que impliquen solamente cambios en los países donde el hambre hace sus estragos más agudos, sino que implican transformaciones en el modelo de desarrollo y en las relaciones internacionales de poder. Por mucho que se empeñen quienes se benefician de la situación, cada vez son más incompatibles la lucha contra el hambre en el mundo y el crecimiento ilimitado de los beneficios de las empresas agroalimentarias.

LA AGRICULTURA CAMPESINA SOSTENIBLE COMO SOLUCIÓN

La crisis de precios de la alimentación del 2008 y la más reciente subida de precios, han centrado la atención sobre la capacidad del sistema alimentario global de “alimentar al mundo”. Según diversos movimientos reivindicativos en la defensa de una agricultura familiar, como La Vía Campesina, se considera que el sistema agroecológico de producción de alimentos a pequeña escala es el que da la mejor respuesta a las demandas del presente y del futuro.

La actual crisis alimentaria no es una crisis de nuestra capacidad productiva. Se debe más a factores como la especulación y acaparamiento de alimentos fomentados por las empresas transnacionales de la alimentación y los fondos de inversión que provocan injusticias globales, lo que significa que algunas personas comen demasiado, mientras que otras no tienen dinero para adquirir los alimentos adecuados y/o carecen de tierras donde producirlos, y fomentan políticas nefastas como la promoción de los agrocombustibles, que orientan la producción agrícola a la alimentación de automóviles y no de las personas.

El sistema alimentario del agronegocio no puede alimentar al mundo

Con una estimación, según la FAO, de 925 millones de personas hambrientas en el mundo y con una proliferación galopante de enfermedades causadas por el sistema alimentario -como malnutrición, obesidad, diabetes o enfermedades del corazón-, no es una exageración afirmar que el sistema alimentario de las grandes corporaciones está fracasando a la hora de proveernos de alimentos adecuados y sanos.

El hecho es que, bajo las leyes de este sistema, los alimentos se desplazan, dentro de la economía global, de las áreas de pobreza y hambre, a las áreas de dinero y abundancia. Y la alimentación está siendo homogeneizada en una dieta sobre-procesada, debido al excesivo papel que juegan las industrias transformadoras y distribuidoras, que se basa

en grasas, azúcares, féculas y residuos químicos y cancerígenos, deficientes en fibras, proteínas, vitaminas, frutas y vegetales.

Por último, los métodos de producción usados para producir los alimentos del agronegocio -monocultivos, maquinaria pesada, riego excesivo, plaguicidas y abonos químicos, semillas transgénicas, etc.- están degradando rápidamente los mejores suelos del planeta, al provocar su compactación, salinización, erosión y pérdida de biodiversidad.

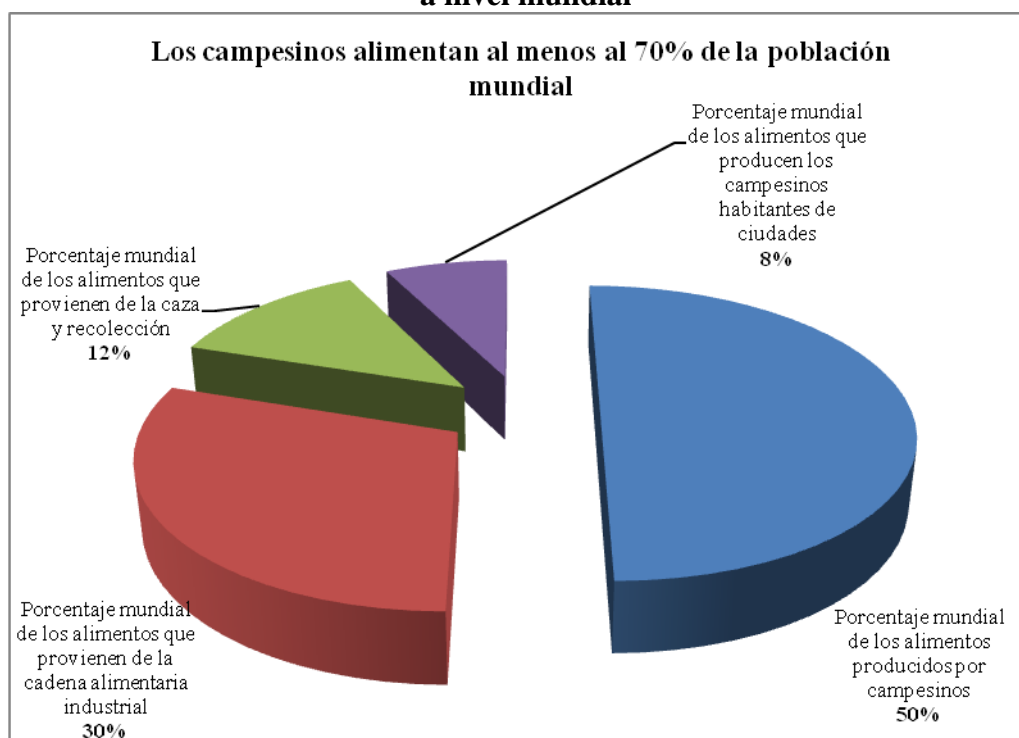
Con este sistema alimentario dominante, no hay futuro posible para la humanidad ni para el planeta. De hecho, apenas hay un presente.

El campesinado y la agricultura familiar alimentan al mundo hoy en día

Por paradójico que parezca, a pesar de que el agronegocio controla la mayoría de las tierras arables -especialmente las de mayor calidad- en casi todos los países del mundo, es gracias al campesinado y la agricultura familiar que disponemos actualmente de comida. En cada país, la agricultura de pequeña escala controla menos de la mitad de las tierras agrarias, pero produce la mayor parte de los alimentos consumidos, como se demuestra en la figura 1. Un ejemplo típico es el del reciente censo agropecuario de Brasil. El campesinado y la agricultura familiar manejan tan solo el 24,3% de las tierras agrarias, pero representan el 84,4% de las fincas y dan empleo a tres veces más personas que lo que hace el agronegocio (que en Brasil depende del salario del hambre, con numerosos casos de trabajo esclavo y contratos de miseria).

En la cuarta parte de tierras arables que manejan, esta agricultura de pequeña escala produce el 87% de toda la yuca, el 70% de los frijoles, el 46% del maíz, el 34% del arroz, el 58% de la leche, el 50% de las aves de corral, el 59% de porcino y el 30% de bovino, el 38% de café, entre otros muchos productos alimenticios. Y todo ello teniendo en cuenta que Brasil es un país reconocido a nivel internacional por la supuesta productividad y eficiencia de su agronegocio nacional e internacional, así como por la concentración de tierras en manos de unos pocos. Pero sigue siendo el campesinado y la agricultura familiar brasileños los que alimentan al pueblo de Brasil. Y este modelo se repite en todo el mundo. El campesinado y la agricultura familiar tienen vocación de producir alimentos. El agronegocio tiene vocación exportadora. El agronegocio brasileño se dedica a alimentar el ganado de Europa o a producir etanol para los automóviles, pero no alimenta a los niños y niñas hambrientos de Brasil.

Figura 1. Reparto sobre el origen en el consumo de alimentos a nivel mundial



Fuente: <<http://viacampesina.org/downloads/pdf/sp/paper6-ES-FINAL.pdf>>.
Elaboración propia.

Para alimentar a las poblaciones futuras se debe cuidar la tierra

El campesinado alimenta al mundo hoy en día, pero ¿cómo lo haremos en el futuro si está en peligro este modo de vida? Si, como de costumbre, seguimos el camino de la menor resistencia, cada vez más tierras estarán en manos del agronegocio que no está consiguiendo alimentarnos y que está minando las capacidades productivas de las tierras para las futuras generaciones. Las corporaciones mueven su producción en el mundo buscando los espacios donde es más barato producir, sin echar raíces en ningún espacio dado. No tienen incentivos para conservar, restaurar y aumentar la fertilidad del suelo. Más bien, extraen todo lo que pueden, tan rápido como pueden, en su búsqueda de beneficios inmediatos, y una vez que pasan el pico máximo de producción y que el suelo empieza a degradarse, abandonan esa área y van en busca de otra, dejando agroecosistemas y economías locales devastadas en su estela.

Los agricultores ya no están adaptados a su entorno. El modelo productivista choca de frente con la naturaleza y pretende someterla a sus caprichos. Para ello, despliega un arsenal técnico-químico cuyos daños empezamos a evaluar. El afán de lucro, exento de obligaciones naturales, tiene como único límite la rebelión del consumidor que descubre en su plato carne de vaca alimentada con cordero y residuos de fosas sépticas, o legumbres modificadas a partir de genes animales y humanos.

Antaño una de las primeras reglas agronómicas consistía en conocer, según la naturaleza de los suelos, el número de animales que un prado podía mantener, dentro de los límites de su regeneración natural. Un agricultor sabía que podía tener dos vacas por hectárea, o cinco corderos, o un caballo. El corral estaba limitado por la cantidad de grano que podía suministrársele, y los cerdos eran criados con patatas, cebada y suero producidos en la granja. La agricultura se limitaba a la escala de las mujeres y los hombres a su servicio.

La agricultura no es un sector aparte ni se puede reducir a una mera actividad productiva. Los hábitos de consumo, la calidad de los alimentos, la gastronomía, la identidad cultural y el vínculo social con la tierra dependen de la agricultura y conforman lo que nosotros llamamos «lo agroecultural».

Ello quiere decir que la identidad campesina también forma parte de la identidad cultural; aunque uno no sea agricultor, aunque no haya nacido en el campo, aunque se viva en la ciudad, todos tienen sus raíces en el campo. La banalización de la agricultura y su apropiación por parte de las grandes empresas multinacionales acabarán por arrancar dichas raíces.

El campesinado y los agricultores familiares tienen raíces en la zona que tanto ellos como sus ancestros han cultivado durante generaciones, y donde sus hijos y nietos seguirán ejerciendo la agricultura en el futuro. Es su razón para cuidar la capacidad productiva del suelo y el entorno. Y es precisamente en estas comunidades donde encontramos las prácticas tradicionales sostenibles y el rápido desarrollo de la agroecología.

La agroecología conserva y restaura los suelos y los agroecosistemas

Dada la cantidad de suelos degradados que hay en el planeta, con una productividad a la baja, es absolutamente necesario emplear técnicas productivas restauradoras, como son la agroecología y los métodos tradicionales. Algunos de los principios de la agroecología son la incorporación de biomasa y materia orgánica al suelo, la protección del mismo de las altas temperaturas o el fomento de la biodiversidad y de un suelo sano.

En América Central, decenas de miles de campesinos y campesinas han recuperado laderas erosionadas y aumentado la productividad de las mismas, gracias al movimiento agroecológico “de Campesino a Campesino”. Mientras que el monocultivo industrial degrada los suelos y provoca una pérdida de productividad, la agroecología los restaura.

La agroecología puede producir más y alimentar al mundo

A pesar de la concepción errónea que se tiene de que los sistemas industriales de producción del agronegocio son los más productivos, muchos estudios han demostrado en los últimos años que:

- 1) las pequeñas fincas son más productivas que las grandes

2) los sistemas agroecológicos, sostenibles y/o orgánicos son tan productivos y, en muchos casos, más productivos que los monocultivos dependientes de insumos químicos.

Además, no es sólo que sean más productivos, sino que además tienen menos costos de producción, especialmente cuando se tratan de insumos comprados con divisas. Por ejemplo, es el caso de campesinos y campesinas y familias dedicadas a la agricultura familiar que pertenecen a La Vía campesina en la India, que pertenecen a los cuatro millones de miembros del movimiento “Agricultura Natural de Presupuesto Cero”, donde agricultores y agricultoras no adquieren insumos externos y confían en el estiércol, en las cubiertas vegetales y las lombrices para producir más desde una perspectiva económica y mejor en términos medioambientales.

Para ello, si se considera que los sistemas agroecológicos de las pequeñas fincas son más productivos, conservan mejor el suelo y restauran la capacidad productiva de los sistemas degradados, la pregunta clave no es, por lo tanto, cómo se debería promover la transición hacia estos sistemas.

La experiencia de América Central demuestra que la investigación convencional establecida desde arriba hacia abajo, así como las metodologías de proyectos de muchos gobiernos y ONGs, fallan a la hora de apoyar a la agricultura campesina en transición. Como los sistemas agroecológicos requieren la movilización del ingenio de campesinos y campesinas, los métodos que mejores resultados dan son aquellos en los que los propios actores se convierten en protagonistas a la hora de crear, desarrollar y compartir metodologías. Y esto solo puede ser así en el seno de organizaciones campesinas, mediante metodologías de campesino a campesino y aquellas basadas en la comunidad, las escuelas campesinas, etc. Sin embargo, estas organizaciones avanzan a contracorriente cuando no pueden contar con políticas públicas adecuadas. Estas políticas deben incluir auténticas reformas agrarias para dejar las tierras en manos del campesinado y acabar con las subvenciones abiertas y ocultas a las prácticas de manejo industriales, incluyendo los insumos químicos y los transgénicos, las modificaciones de las políticas de libre mercado que hacen que la agricultura no sea rentable, y la sustitución global de las políticas sesgadas contra la agricultura campesina y sus organizaciones por otras que apoyen nuestros esfuerzos para innovar y desarrollar métodos agroecológicos y compartirlos horizontalmente. Ha llegado el momento de actuar, de construir una soberanía alimentaria real en cada país, basada en la agricultura agroecológica que desarrolla el campesinado y la agricultura familiar, controlando sus propios destinos.

A MODO DE CONCLUSIÓN: MOVIMIENTOS DE MASAS, OCUPACIÓN DE TIERRAS Y DESOBEDIENCIA CÍVICA

Los intelectuales, activistas y miembros de las organizaciones internacionales que defienden la agricultura campesina proponen diferentes soluciones para cambiar el modelo de crecimiento económico que impera en el planeta.

En este sentido, J. P. Stédile², activista y miembro del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), afirma que «los gobiernos de los países están desmoralizados y tienen miedo, ya que fueron ellos los que se sometieron a la ideología neoliberal, que entregaba todo a las fuerzas del capital, al llamado mercado. Y el capital está en crisis, no ha resuelto los problemas fundamentales de la población. Por tanto, la gente está empezando a darse cuenta de que hay que cambiar el modelo, pero para cambiar el modelo no basta tener línea política, ni voluntad política».

Continúa afirmando que «es necesario que se produzca en todo el mundo un proceso de renacimiento del movimiento de masas», auspiciado por la actual crisis económica que se está produciendo a nivel global y que puede poner en jaque al modelo neoliberal. Por ello, corrobora que «los enemigos de la población son de clase, las empresas transnacionales, los bancos, los latifundios y nuestra lucha tiene que ir contra ellos».

Stédile propone un cambio de sistema y una movilización de las masas de la clase trabajadora. «Se ha desarrollado una conciencia cada vez más profunda de que las y los campesinos solos no pueden derrotar al neoliberalismo y a las transnacionales. Ni siquiera es una cuestión ideológica, es una necesidad objetiva la construcción de una gran alianza de clase con las y los trabajadores de la ciudad de todos los sitios, pero podríamos empezar sobre todo con las y los trabajadores de las mismas empresas transnacionales en cuyas plantas producen los venenos, la maquinaria, los fertilizantes».

Por su parte, B. Mançano³, profesor y geógrafo brasileño, miembro del MST, habla sobre la ocupación como medio de acceso a la tierra. De hecho, en las últimas décadas la ocupación de latifundios ha constituido la principal acción en la lucha por la tierra.

En su discurso sobre el sistema y la lucha de clases, B. Mançano afirma que «el modo capitalista de producción genera inevitablemente la expropiación y la explotación. Los expropiados se valen de la ocupación de la tierra como forma de reproducir el trabajo familiar, como respuesta. Así, en la resistencia contra el proceso de exclusión, los trabajadores crean una forma política -para “resocializarse”, luchando por la tierra y contra el “asalaramiento”- que es la ocupación de la tierra. Por tanto, la lucha por la tierra es una lucha constante contra el capital. Es una lucha contra la expropiación y contra la explotación. Y la ocupación es una acción que los trabajadores sin-tierra desarrollan, luchando contra la exclusión causada por los capitalistas y o por los propietarios de la tierra. La ocupación es, por tanto, una forma de materialización de la lucha de clases».

Para finalizar, J. Bové y G. Luneau, miembros de *Confédération Paysanne*, proponen la desobediencia cívica y su importancia a día de hoy, cuando los gobiernos defienden intereses privados a expensas de todos y de la propia Tierra, cuando la ley privilegia el

² Entrevista para Publicaciones de La Vía Campesina. NICHOLSON, P. y GARCÍA, A. *Las luchas del campesinado en el mundo*. 2009, p. 29-31.

³ MANÇANO, B. La ocupación como una forma de acceso a la tierra en Brasil: una contribución teórica y metodológica. En MOYO, S. y YEROS, P. (Coord.). *Recuperando la tierra. El resurgimiento de movimientos rurales en África, Asia y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, 2008, p. 335-357.

interés particular en detrimento del interés general, cuando la justicia participa en la creación de un orden en el que la seguridad se ha convertido en protagonista principal, cuando la globalización hace crecer las desigualdades hasta extremos nunca antes conocidos. La desobediencia cívica implica un acto político que opone la legitimidad a la legalidad. Un acto en el que más allá del valor de decir no, significa decir sí a profundizar en la libertad. Consiste, en definitiva, en asumir individualmente un acto ilegal que corresponde a una aspiración colectiva. Esta aspiración colectiva es la supervivencia de la agricultura campesina y el derecho a la soberanía alimentaria de los pueblos.

BIBLIOGRAFÍA

BOVÉ, José y DUFOUR, François. *El mundo no es una mercancía: los agricultores contra la comida basura. Conversaciones con Gilles Luneau*. Barcelona: Icaria Editorial, 2001. 279 p.

BOVÉ, José y LUNEAU, Gilles. *Por la desobediencia cívica*. Mataró (Barcelona): Ediciones de Intervención Cultural / El Viejo Topo, 2007. 238 p.

La Vía Campesina. *La agricultura campesina sostenible puede alimentar al mundo. Publicaciones de La Vía Campesina*, Yakarta, 2011, 17 p.

MANÇANO, B. La ocupación como una forma de acceso a la tierra en Brasil: una contribución teórica y metodológica. En MOYO, S. y YEROS, P. (Coord.). *Recuperando la tierra. El resurgimiento de movimientos rurales en África, Asia y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, 2008, p. 335-357.

NICHOLSON, P. y GARCÍA, A. Las luchas del campesinado en el mundo. *Publicaciones de La Vía Campesina*, 2009, p. 29-31.

SEGRELLES, J. A. El libre comercio agroalimentario y el modelo agroexportador: una alianza contra el *campesinado*. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 2008, Vol. XII, nº 270 (72). Disponible en: <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-270/sn-270-72.htm>>.

SEGRELLES, J. A. La distribución agroalimentaria y su influencia en la pobreza campesina. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 2010, Vol. XIV, nº 325. Disponible en: <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-325.htm>>.

SEGRELLES, J. A. La Política Agrícola Común de la Unión Europea y la soberanía alimentaria de América Latina: una interrelación dialéctica. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 2012, Vol. XVI, nº 415. Disponible en: <<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-415.htm>>.

SENRA, Lidia *et al.* (Coord.). *Las mujeres alimentan al mundo. Soberanía alimentaria en defensa de la vida y el planeta*. Barcelona: Entrepueblos-Entrepobles-Entrepobos-Herriarte, 2010. 183 p.

© Copyright Pedro José Milla Bordera, 2014.

© Copyright *GeoGraphos*, 2014.

